

Cuaderno abierto

Por Antonio PEREIRA

Yo no diré que la enfermedad haga al hombre un pillo, como Samuel Johnson escribía hace un par de siglos fustigando a la sociedad de su tiempo. Pero comprendo que el enfermo, apartado de buen número de las complacencias de la vida, organice inconscientemente su sistema de defensas astuciosas frente a sus cuidadores y contra el mundo arrogante de los sanos. Acepto incluso que esto ocurra conscientemente. Y ya no sé si atreverme a afirmar -pues sí, señor me atrevo- que un enfermo cabal, un enfermo responsable, un enfermo como Dios manda, está obligado a sostener un «status» hecho de renunciaciones, pero también de privilegios. Por eso he tenido que reñirle a Miguel Cordero del Campillo. El profesor Cordero del Campillo, tan ejemplar en todo lo demás, así que le han tapado los ojos se los ha destapado él mismo como un insolidario, casi diría yo que un esquirolo en perjuicio de cuantos somos o hemos sido sus compañeros de circunstancia. «En el lecho del dolor» -como debe escribir un cronista-, don Miguel dejaba que sus muchos devotos le estrechasen la mano, en la voz no se le notaba ningún dolorido sentir, ¡con decir que él mismo contestaba al teléfono! A mí me estaba pareciendo una pena, un lamentable desperdicio. Estas cosas hay que explotarlas, y más si son de los ojos, a mí me desguazaron varias veces para aligerarme de algunos órganos mayores y nadie se interesó ni la mitad que cuando «hice» un desprendimiento de retina. Que ésta es otra, la manera de hablar que tienen los médicos. Se pusieron a reñirme porque yo -decían- «había hecho un desprendimiento». Como si lo acusaran a uno de hacer una marranada o un crimen. Pero aunque esté feo decirlo, me parece que he sabido mostrarme a la altura del evento. Quizá me pasé un poquitín, no sé, abriéndome camino en la convalecencia con un bastón; o pasándole a Crémier una foto que él divulgó con mi nueva imagen, porque lo primero que se hace en estos casos es abjurar del rostro lampiño. Nunca me habían besado tanto las mujeres.

Bueno, siguiendo con la especulación amistosa, pienso que a lo mejor estas diferencias ocurren porque Miguel Cordero es un recio varón de la montaña leonesa mientras que yo provengo de una villa un tanto enfática. Es la primera vez que se me ocurre calificar así a mi pueblo, y acaso no sea un desacierto. «En las naturalezas enfáticas, el énfasis es lo natural», decía Stendhal, y basta entrar en trato con gente de Villafranca para conocer esa forma de naturalidad. Ramón González Alegre, fue un caso preclaro. En los últimos años de su vida ejerció de enfermo notorio. Un día llegó el poeta a nuestra casa poco menos que pidiendo confesión, suplicando los oficios de

un practicante y una mínima comida de régimen, pero con el mismo entusiasmo se olvidó de todo y acabó con nuestras provisiones más picantes y saladas, para regalarnos una sobremesa hecha de Xoana d' Avignon y otras recitaciones inolvidables...

Proust, administrando sabiamente sus ataques de asma como razón para ir o no ir a una cita según le diera la gana. Tennessee Williams negándose a pronunciar palabra a expensas de la depresión: evidentemente, cuando el interlocutor no le interesaba. Vicente Aleixander -por venir más cerca-, tumbado años y años en su casa de la calle Welingtonia, a la sombra del paraíso y con la bicoca de que vayan a darle conversación las mejores voces líricas de España...

En fin, ahora ya no me aclaro sobre si vale más la prosopopeya del enfermo un poco teatral o la simplicidad sin esparajismos del enfermo y científico doctor Cordero. A lo mejor está bien, incluso muy bien, la lección realista de quien ha dado en la Universidad de León (y seguirá dando) tantas lecciones magistrales. Pero hombre, por lo menos un gesto, un detalle, aunque sólo sea dejarse una temporada la barba.